



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

BASTARDA

DOROTHY ALLISON

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*Para mamá,
Ruth Gibson Allison
1935-1990*

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Bastard Out of Carolina*

© Dorothy Allison, 1992

All rights reserved including the right of reproduction
in whole or in part in any form.

This edition is published by arrangement with Dutton, an imprint of Penguin
Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2022

© Errata naturae editores, 2022

c/ Sebastián Elcano, 32, oficina 25

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-19-2

DEPÓSITO LEGAL: M-23953-2022

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Untitled (eyeless - pour painting)*, 2017,

© Hélène Delmaire

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Las personas pagan por sus acciones, y más aún, por lo que se permiten llegar a ser. Y lo pagan de una forma muy sencilla: mediante las vidas que llevan.

JAMES BALDWIN

Durante toda mi vida me han llamado *Bone*, aunque mi nombre es Ruth Anne. Lo escogió la mayor de mis tías, tía Ruth, en homenaje a sí misma. Mi madre no participó en la decisión porque, estrictamente hablando, no estaba allí. Mamá y una carretada de tías y tíos habían ido en coche al aeropuerto para recibir a un primo que regresaba de jugar a hacer la guerra. En el asiento delantero iban apretujados tía Alma, tía Ruth y su marido, Travis, y detrás, tumbada y profundamente dormida, mamá. No había llevado lo que se dice bien el embarazo, y en aquel momento, ya de ocho meses, le costaba mucho conciliar el sueño. Decía que cuando se echaba boca arriba tenía la sensación de que yo la espachurraba, cuando se ponía de lado le parecía que le trepaba por la columna, y si se tumbaba boca abajo no descansaba nada. El único consuelo se lo proporcionaba el asiento trasero del Chevrolet del tío Travis; tenía la suspensión tan alta que mecía con dulzura

tanto a bebés como a embarazadas. Minutos después de acomodarse allí, por primera vez en ocho meses, mamá se sumió en un sueño profundo. Tanto que ni siquiera el accidente la despertó.

Mi tía Alma insiste todavía hoy en que lo que pasó no fue en absoluto culpa de tío Travis, pero yo sé que la primera vez que vi a tío Travis sobrio yo tenía diecisiete años y a él acababan de extirparle una parte importante del estómago y del hígado. No me cabe en la cabeza que no fuera borracho. Para mí, no hay duda de que todos ellos habían bebido, salvo mamá, que jamás fue capaz de tomar ni una gota, y menos aún preñada.

No, mamá dormía como un tronco y los demás iban como cubas. Y lo que hicieron fue embestir a otro coche que circulaba despacio. El morro del Chevrolet quedó hecho un acordeón; las ruedas de atrás dejaron de tocar el asfalto; las tías y el tío Travis iban tan comprimidos que apenas si dieron un brinco; en cambio, mamá, que seguía dormida con las manos debajo de la barbilla, salió disparada por encima de sus cabezas, haciendo añicos el parabrisas, y sobrevoló el coche contra el que habían chocado. Al atravesar el cristal se hizo un tajo en la coronilla, y el impacto contra el suelo le lastimó la espalda, pero aparte de eso salió ilesa. Eso sí, no se despertó hasta tres días después, cuando la abuela y tía Ruth ya habían firmado todos los papeles y me habían puesto nombre.

Soy Ruth por mi tía y Anne por mi madre. El apodo Bone, «hueso», me lo pusieron poco después de que mamá me llevase a casa al salir del hospital y tío Earle anunciara

que yo era «más chica que un nudillo» y la hija pequeña de tía Ruth, Deedee, apartara la toquilla para ver «al huesito». Es una suerte que no me llame Mattie Raylene, como pretendía la abuela. Pero mamá había jurado que su primogénita llevaría el nombre de su hermana mayor, y tía Ruth a su vez pensó que lo más natural era que la criatura se llamara como su madre, ya que tan cerca habían estado de perderla.

Aparte de eso, se equivocaron en casi todo lo demás. Ni tía Ruth ni la abuela escribían demasiado bien, y no se molestaron en consensuar cómo se deletrearía mi nombre, de modo que en el formulario aparece con tres grafías distintas: Ann, Anne y Anna. En cuanto a la identidad del padre, la abuela se negó a facilitarla después de haber echado del pueblo al interesado por buscarle la ruina a su hija, y tía Ruth nunca había tenido claro cómo se apellidaba. Intentaron salir del paso garabateando cualquier cosa, pero si bien al hospital le traía sin cuidado cómo se escribía el segundo nombre de pila de un bebé, con el apellido paterno no se andaban con chiquitas. Total, que la abuela dio uno y la tía Ruth otro, el administrativo se cabreó, y así fue como el estado de Carolina del Sur me declaró oficialmente bastarda.

Mamá insistía siempre en que nada de eso habría pasado si ella hubiera estado consciente. «Al fin y al cabo», le explicaba a tía Alma, «no solicitan un acta matrimonial antes de tumbarte en la mesa de parto». Estaba convencida de que habría conseguido colarles un farol, afirmar

que era una mujer casada con tal convicción que nadie le habría chistado.

«Sólo los inscriben así cuando da mucho el cante».

La abuela decía que daba igual. ¿A quién le importaba lo que pusiera en los papeles? ¿Acaso iba la gente por ahí leyendo registros de juzgado? ¿Había que presentar la partida de nacimiento para sentarse en el porche? Los que importaban sabían la verdad, y al resto del mundo se la traía al fresco. Le encantaba chincar a mamá a cuenta del dichoso papelote con el sello rojo en la parte inferior.

«¿Qué pasa, que pretendías enmarcarla? ¿Querías colgar algo en la pared que demostrara que lo habías hecho todo estupendamente?». La abuela podía llegar a ser muy ruin cuando herían su amor propio. «Bastante prueba tienes ya con la cría. Y ella no lleva ningún sellito».

A la abuela le daba igual, pero a mamá, no. Mamá odiaba que la tacharan de chusma, odiaba el recuerdo de todos y cada uno de los días que había pasado doblada encima de las matas de cacahuets y fresas de otros mientras ellos, muy tiesos, la miraban poco menos que como a una piedra. El sello de mi partida de nacimiento le escocía tanto como la etiqueta que sabía que los demás trataban de endilgarle a ella. Inútil, vaga, holgazana. Mamá habría sido capaz de transformar las manos en garras, la espalda en una pala, la boca en una sonrisa torcida e incómoda; lo que fuera, con tal de negar el sambenito que el condado de Greenville al completo quería colgarle. Y resultó que un señor de voz meliflua y ojos negros lo había hecho por todos ellos: marcarla a ella y lo que era suyo. Pensarlo

fue lo único que le dio energía para levantarse ocho días después de que yo naciera y volver a servir mesas con los labios apretados y los párpados hinchados.

Mamá esperó un año. Cuatro días antes de mi primer cumpleaños y un mes después de cumplir ella los dieciséis, me envolvió en una toquilla y me llevó al juzgado. El administrativo se mostró cortés pero hastiado. Le indicó que rellenara un formulario y abonase una tasa de dos dólares. Y ella rellenó los datos con su aplicada caligrafía de colegiala. Aunque hacía tres años que no pisaba la escuela, solía escribir cartas para todos los miembros de la familia y estaba orgullosa de su letra graciosa, algo picuda.

—¿Qué ha pasado con el otro? —preguntó el administrativo.

Mamá no apartó los ojos de mi cabecita, apoyada en su brazo.

—Se rasgó por abajo.

El hombre la examinó con más atención y me echó un vistazo.

—¿Seguro?

Desapareció al fondo y tardó mucho en volver. Mamá, tranquila y obstinada, no se movió de la ventanilla. Cuando el hombre regresó, le entregó el papel y esperó a ver qué cara ponía.

Era el mismo, idéntico al otro. En la parte inferior, en unas inmensas mayúsculas rojas, ponía: ILEGÍTIMA.

Mamá suspiró como una anciana aquejada de pleuritis y se ruborizó desde el cuello hasta la raya del pelo.